

SEMANA
ESPAÑOLA

NO LO CONSEGUIRAN

Si los asesinos del almirante Carrero, presidente del Gobierno español, esperaban que el Gobierno perdiese los estribos o la situación se deteriorase a base de explosivas revanchas no controladas por la autoridad, pueden ya ver que ninguno de estos fines políticos de su bárbaro atentado ha sido conseguido. Muy al contrario, como expresó con finura y tacto don Torcuato Fernández-Miranda, presidente por el automatismo de la ley, el dolor no nos impide de estar serenos y la serenidad no nos resta fortaleza.

Esto ha sido así porque los defectos internos del régimen son visibles, y, en cambio, sus sólidos lazos son invisibles. Un observador superficial puede fácilmente despistarse cuando contempla la serie de problemas españoles que a diario se aírcan, cuando hace recuento de opiniones, tendencias o alineaciones. Pero eso aflora a la superficie—exactamente igual que en cualquier otro país—porque la estructura de poder es más sólida, realista y capaz en ninguna otra época de la historia reciente. Un régimen no puede ser diagnosticado por lo que aflora a la superficie, sino por lo que tiene debajo de ella.

Los hechos corroboran estas apreciaciones. Personalidades de la vida política, que a veces han sido sancionadas por este mismo régimen por sus actividades u opiniones, han hecho oír su voz condenando sin reservas el trágico acontecimiento y desahuciando los fines políticos de los terroristas.

Con ocasión de otro luctuoso hecho de cierta semejanza en mayo pasado, escribí que este país lo que menos necesita es violencia. Ese juicio es válido incluso para la más encarnizada oposición política. En la ocasión que ahora lamentamos, algunos chispazos de revanchis-

mo oral que se han producido no han tenido de parte del Gobierno o de autoridades de ningún orden ni complacencia ni eco. Si antes hemos aludido en juicio global a las expresiones de personas extramuros del régimen, una organización tan representativa del interior como los Alfereces Provisionales pone su acento en los conceptos de lealtad y unión.

LA TERRA

Por todo lo sucecamente resumido anteriormente, podemos ya encarnarnos al problema principal, que, en mi opinión, es el de la sucesión política.

Una serie de sagaces medidas, muy acompañadas al hilo de la historia, habían llevado a Su Excelencia el Jefe del Estado a preparar no una salida—con lo que esa expresión indica de arbitrio o provisionalidad—, sino de sucesión a su larga obra personal. En primer lugar, la sucesión en la Jefatura del Estado se instauró en la persona del Príncipe de España, ajeno a las luchas partidistas y poseedor, a la vez, de esa larga justificación histórica del carisma monárquico.

- **Reacción ordenada y positiva del Gobierno en las palabras del presidente Fernández-Miranda.**
- **Se ha querido dinamitar el puente de paso hacia la historia no escrita.**
- **Las ideas de orden y autoridad no han basculado ni un solo segundo.**

En el aspecto puramente político, tras insistentes ruegos de la nación, el Generalísimo Franco había suspendido su ejercicio de la presidencia del Gobierno—cuya titularidad le pertenece desde la ley de 1938, aún vigente—para descargar esas tareas en su más silencioso, leal e independiente servidor. Era don Luis Carrero Blanco el encargado de conducir de una a otra orilla de la historia todo el conjunto de instituciones políticas en las que se ha concretado el régimen mediante las Leyes Fundamentales. Era, por consiguiente, don Luis Carrero el puente. Con su asesinato, imaginino, los terroristas han pretendido hacer más difícil y, si pudieran, imposible el tránsito suave hacia la historia aún no escrita.

El modo de ese tránsito estaba ya perfectamente dibujado, a mi entender. Después de muchas idas y venidas y después incluso de algunas indecisiones pasadas, el presidente Carrero Blanco había dado luz verde a la organización práctica del contraste de parámetros y concurrencia de criterios; era la “ofensiva institucional”, así bautizada por el hoy presidente, don Torcuato Fernández-Miranda.

En el complejo trámite dentro del Consejo Nacional del Movimiento, ya está listo el texto definitivo que iba a ser repartido a los consejeros para que, previa una deliberación de la Sección Primera, se llegase al Pleno y posteriormente, fuera a las Cortes como proyecto de ley para su debate, aprobación y promulgación.

EL PUENTE

Al destruir a la persona, los terroristas querían destruir su obra y conmocionar sus cimientos. Querían, en una palabra, provocar un caos político para que el régimen renegase de su última trayectoria y se invalidase a sí mismo en esta delicada fase histórica.

No vemos, hoy por hoy, signos de que eso vaya a suceder.

La situación constitucional es clara. Dentro de los diez días de la vacante—cubierta automáticamente por el vicepresidente—debe reunirse el Consejo del Reino para proponer otra terna como la de junio pasado, a base de la cual el Jefe del Estado designe presidente del

Consejo. Puede también el Jefe del Estado reasumir la presidencia en primera persona, como la tuvo durante largos años.

Pero hablando de las alternativas insertas en la Ley Orgánica, y dado que al morir el almirante Carrero se ha seguido aplicando al pie de la letra la Ley Orgánica, todo hace esperar que sea por esos cauces por donde transite la realidad.

Aquí hay que advertir que la clase política estaba preparada para todo menos para la desaparición del presidente. Cuando se hablaba de “presidenciables” se hacia política o política-ficción (de todo hay en la viña) para después. No, en absoluto no, para una urgencia como la de ahora. Para hoy creo se piensa menos en “presidenciables” en función de relijes personales que en importancia institucional. En función de esta opinión, parece lo más natural que el sucesor de don Luis Carrero sea su propio Gobierno, su propio equipo.

Otra alternativa, en hipótesis posible y no probable, es ir a un reencuentro con los valores históricos del régimen un poco al estilo de lo que también representaba don Luis Carrero.

Por último, queda contemplar la hipótesis de la designación de un militar o marino para acentuar las ideas de orden y autoridad. Pero estas ideas de orden y autoridad no han dejado ni un solo segundo en los instantes más peligrosos de la crisis pasada, señal que los reflejos del régimen funcionan bien a esos niveles.

De esta manera, el protagonismo de la delicada operación recae en don Alejandro Rodríguez de Valcárcel como presidente del Consejo del Reino.

Luis APOSTUA